



## CAPÍTULO IX

Rosa ciñe la cabeza con corona de agudas púas y la fija y asegura en ella.

**S**IENDO Rosa la discípula más devota de Santa Catalina, al mismo tiempo que la que ha imitado mejor sus virtudes era conveniente, que á su ejemplo gozase como ella la corona, y consiguiese el lauro. Maravillosa cosa es la ambición con que anhelan los santos en esta vida tener en más verse coronados de espinas, que de oro, y piedras preciosas. Mas en particular en las rosas, ni es seguridad, ni hermosura carecer de espinas, que por todas partes las cerquen, y las defiendan.

Doce años tenía nuestra virgen cuando mirando atentamente una piadosa imagen de Cristo del Ecce Homo, la tierna, y devota compasión de lo que veía, la compungió el corazón, la traspasó las entrañas. Deteniase contemplando la corona de espinas, que taladraba tan cruelmente las sienes benditas del amantísimo Hijo de Dios. La causaba confusión inexplicable el que buscasen regalos y bienestar temporales los miembros del cuerpo místico de la iglesia, que son los cristianos, hallándose su cabeza, que es Jesucristo coronado de espinas. Moviada de esta piadosa conside-

ración hizo la primera corona, que comenzó entonces á usar que era de estaño vaciado. La rodeó de cordeles y mimbres; de suerte que parecía culebra enroscada, poniéndola algunos clavos muy punzantes, á cierta distancia unos de otros por la parte de dentro; con ella ceñía ocultamente la cabeza no sin herirse, y ensangrentarse; aunque lo disimulaba la toca. Parecía víctima coronada, como era costumbre hacerlo en los pueblos gentiles con las víctimas destinadas al sacrificio.

Perseveró en este ejercicio tan molesto de mortificación cristiana hasta que le substituyó por otro, mucho más repugnante á la carne amiga de comodidades y deleites. De ensayo pueril puede calificarse la primera corona, si se compara con la segunda, que contaba noventa y nueve púas. La hizo Rosa casi diez años antes de su dichosa muerte despues de haber recibido el hábito de la orden, no dejándola hasta que dejó la vida. Considerando en contemplación profunda la gloriosa suerte de Santa Catalina de Sena que vió trasladada á su cabeza la corona de espinas del Redentor, no pudo aquietarse su espíritu hasta no gozar con santa emulación de la corona de su Maestra Seráfica. Ni le parecía, que había vestido perfectamente su hábito, si no se veía adornada con su propia divisa que es la corona.

Llevada, pues, de un ardiente deseo de padecer, formó un círculo, y doblando un pedazo de una lámina de plata, introdujo en ella por la parte de dentro tres órdenes de puntas ó clavos, que eran también de plata; de modo que cada orden tenía treinta y tres púas, correspondientes á los treinta y tres años que vivió Cristo. Y porque los cabellos, que habían crecido algo desde que les cortó á raíz, no estorbasen el asentarse más vivamente aquellas puntas en la cabeza, se quitó el pelo á navaja, dejando solamente sobre la frente una mata de cabellos que sirviese para cubrir la corona y para que no lo conociese su madre.

La crueldad con que esta corona poblada toda de

dientes, mortificaba la cabeza de la virgen, la viveza con que la hería y punzaba por todas partes, cuando parece que una sola punta bastara para maltratarla, se colegirán fácilmente si se advierte que no la herían á la vez todas las púas de que constaba la misma. De dos en dos, de tres en tres y de más en más, según las ocasiones y movimientos, penetraban por el cutis, completamente desnudo de cabellos, y atormentaban la cabeza de la virgen, ocasionándola dolores insostenibles. Se torcían y se encontraban en aquel pequeño espacio, renovando las heridas y haciendo unas asientos donde habían hecho llaga y sacado sangre las otras. Túbose como cosa averiguada, que aun el hablar la causaba grandes dolores, efecto de estar encogidos los nervios por la fuerza del dolor. Y si esto acontecía cuando tan poco esfuerzo hay que hacer, como es el que se requiere para articular palabras, ¿qué sería cuando ahogado el pecho le apretaba más la tos? ¿qué, al estornudar ó al verse obligada por alguna necesidad inevitable á mover con más fuerza la cabeza ó mudar su natural puesto? No es fácil explicar lo que padecía.

Todo esto le parecía á Rosa cosa de juguete, según era su fervor, y que era necesario ayudarse del arte para que con más inclemencia la punzasen los clavos de la corona. Por lo cual ató dos cintas por las extremidades por donde se juntaban las puntas de la lámina de plata que formaba el círculo de la corona, con el fin de que tirando por ellas pudiese apretarse y estar fija en la cabeza. Inventó también esta estratagema piadosa para aumentar el dolor cuando deseaba mortificarse de un modo especial, lo que ejecutaba principalmente los viernes en memoria del Esposo coronado de espinas. Intentó la virgen ponerse una corona de verdaderas espinas para que fuese la semejanza más conforme al Esposo; y habiendo consultado el caso con su confesor, éste la disuadió, temiendo se engendrarse materia corrompida en la cabeza, pudriéndose las puntas de las espinas. También la virgen se disuadió de

ello, considerando que no podía ocultarse bien esta clase de corona debajo de las tocas, saliendo forzosamente muchas puntas á la parte de afuera; y porque tenía por inconveniente, según era el deseo grande que tenía de atormentarse, que no todas las espinas la traspasasen por dentro las sienes y que solo una se malograra. Por estas razones se resolvió á no innovar, sino á proseguir en el uso de su lámina de plata; y también porque esta era más firme en herirla y conservaba con más tenacidad las puntas que tenía clavadas. La prueba de que estaban muy fijas se vió después del tránsito feliz de nuestra santa. En efecto, un platero á quien encargaron quitar de aquella corona algunas espinas para repartirlas entre personas devotas que las pedían, valiéndose de las tenazas, las halló á todas tan firmes, que no pudo sacar ninguna, aunque con la fuerza del hierro quedaron torcidas. Para que por aquí se entienda que ni las puntas cedieron á la paciente Rosa, ni ella á las espinas. Parece que era invencible en entrambas la fortaleza.

No contenta con esta cruz cotidiana, halló modo su ingenio para renovar cada día las heridas. Cuando se ajustaba la corona por la mañana, nunca la asentaba en el mismo sitio que el día antecedente. Mudaba el puesto todos los días, para que la variación diese lugar á que punzasen con más rigor las púas; y que no quedase parte intacta en la cabeza que no recibiese heridas. Los viernes, para mayor tormento, hacía que viniera á caer la corona por un lado alrededor de los oídos, para que así fuese mayor la molestia, entrándose las puntas por partes más delicadas y más sensibles, cuales son las sienes, las ternillas, el cuello; y creciese más vivamente el tormento. Esto mismo repetía los sábados, acompañando de esta suerte con devota compasión á la Virgen Madre, cuyo espíritu traspasaron los puñales del dolor en la muerte del Hijo.

Por mucho tiempo estuvo secreto el círculo de sangrientas espinas, sin que llegaran á sospecharlo ni su

madre, ni los más familiares y domésticos de su casa, que se ocultaba tan cruel instrumento de martirio debajo de unas tocas; ¿y quién había de averiguarlo, siendo ella una virgen tan recatada y modesta? El mismo confesor, que había dado licencia para esta mortificación oculta, porque sin ella no se atrevía la obediente virgen á emprender la más mínima cosa, sabía en confuso que traía una corona de púas; pero ni la había visto, ni le habían pasado por el pensamiento los ardidés peregrinos que había inventado Rosa para lastimarse tan atrocemente. Mas al fin no permitió la Providencia divina que se ocultase. Quiso que el ejemplo de virtud tan rara viniese, para provecho suyo, á noticia de muchos.

Sucedió que el padre de Rosa, irritado y colérico, buscaba por la casa un hermanito de la santa para castigarle, por no se sabe qué travesura. Interpúsose Rosa para aplacar la ira de su padre con blandas y amorosas palabras. El, procurando apartarla de sí con algún ímpetu, acaso sin pretenderlo, dió un golpe no muy fuerte á la virgen en la cabeza por la parte donde estaba oculta la corona. Al punto saltaron con el golpe tres hilos de sangre que corrieron por el rostro y frente de la inocente hija, y que descubrieron lo que podía ocultarse bajo las tocas con que cubría la virgen su cabeza. En lance tan apurado, sintiendo más Rosa ver descubierto el secreto, que la sangre y el golpe, se llenó de empacho, y procurando disimular el caso, cautelosamente se retiró á otro aposento, quitóse á toda prisa la corona, limpió la sangre, púsose unos paños para atajarla, y volvióse á poner la toca y el velo. Esta diligencia, este huir de la presencia de su padre, no se escapó á su madre, temerosa siempre de las penitencias de su hija. También Mariana se fué en seguimiento suyo, y la pidió que la dijese la causa por la cual de tan leve golpe se había seguido tanta sangre. Finalmente, por más que se escusaba é interponía los ruegos, entrando en mayor sospecha su madre, mandó

quitar la toca y descubrir la cabeza, y viéndola alrededor herida y punzada por tantas partes, pudo fácilmente conjeturar cuál podía ser el principio y origen de la multitud de llagas que se advertían en Rosa. Con todo no quiso darse por entendida, porque tenía por cierto, por habérselo enseñado una experiencia muy larga, que si la obligaba á declarar el suceso ó á dejar el uso de la corona, había luego de inventar más áspero modo de atormentarse, sin que pudiese esperar que había de dejarse vencer jamás en este propósito. Y así haciéndose la disimulada é indiferente, labó y roció blandamente la cabeza de su hija con vino un poco tibio, que creyó á propósito para curar las heridas y contener la sangre. Dejó la madre para otro tiempo buscar los medios convenientes que hicieran desistir á la virgen de atormentarse tan cruelmente con la corona.

Sin tardanza alguna se dió parte luego al que, al parecer de la madre de la virgen, con más certeza y brevedad prohibiría á la virgen este ejercicio; dióse á uno de los Padres espirituales, á quien en todo obedecía. Este era el sabio y prudente P. Juan de Villalobos, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Lima, varón grandemente celebrado por su mucha religión y virtud, maestro muy diestro en guiar las almas por los atajos más seguros de la perfección. Este, en oyendo el suceso, mandó á la virgen que le llevase allí el instrumento, cualquiera que fuese, con que apretaba y mortificaba la cabeza. Obedeció al punto; pero como se la obligó á que lo hiciera tan de prisa, no tuvo lugar para limpiar del todo las manchas de sangre con que estaban teñidas las púas. Viéndola el prudente y piadoso Padre, no sin horror y lástima, juzgó que era más rígida de lo que convenía al flaco sexo y tierna edad de Rosa. Y así con blandas razones procuró persuadirla y convencerla á que dejase instrumento tan severo y tan cruel. Ella reparando que el Padre solo trataba entonces de moverla con razones, no de obligarla con imperio, propuso también con toda humildad y rendimiento

las que le parecieron que tenían fuerza en contrario. Capitularon los dos, y consiguió Rosa que el Padre la volviese su corona, aunque algo más suavizada. En efecto, tomando el P. Juan de Villalobos una lima, repasó todas las puntas, remachó las que pudo y embotó las que sobresalían más, pareciéndole que con esto no había acabado poco con la virgen, ya que no había podido convencerla del todo á que dejase el uso de la corona. Pero ella, estimándola en más que un reino, gozábale grandemente de haber vuelto á recuperarla, sin haber perdido ni una sola punta, y poco menos áspera de lo que estaba. Y así volvióse á valer de los antiguos artificios para procurarse á sí misma sufrimientos, ya tirándose de las cintas, ya hiriéndose con el puño, para que de este modo penetrasen más las púas. La lima, no había podido embotar de tal modo las puntas de los pequeños clavos que la poblaban, que no pudiesen, ayudados de estos medios hacer el primer oficio de ensangrentar la cabeza de la virgen con la misma piadosa crueldad que antes. Vióse esto claramente cuando resbalándose en una ocasión la virgen, se dió un ligero golpe en la cabeza contra un baúl, pues comenzó luego á correr la sangre por los hombros, por estar muy apretada la corona y muy ajustada á la cabeza.

De la corona de Cristo canta la Iglesia: «Feliz espina cuyas agudas puntas quebrantan las fuerzas del rey infernal.» Esto mismo mereció experimentar nuestra Rosa; ya que cuantas veces se acercaba este enemigo, intentando manchar su pureza con representaciones sucias y feas, no tenía necesidad la vigilante virgen de valerse de otras armas para rechazarle, mas que tocar tres veces con el dedo su corona en reverencia de la Santísima Trinidad. Era clarín militar que en sonando ponía en vergonzosa huída al ejército de Luzbel y agrupaba á su alrededor numerosos coros de ángeles, que la defendían del poder del infierno. Más admirable es lo que se averiguó de esta corona, después de muerta la virgen. Un siervo de Dios, de gran reli-

gión y virtud, después de las exequias de Rosa, se fué á casa del contador D. Gonzalo con ánimo de tocar con sus manos devotamente los instrumentos con que solía en vida domar su cuerpo. Por darle este gusto le sacaron un anillo y la horrible corona con que atormentaba Rosa la cabeza. Apenas la tocó con las manos, cuando sintió un desusado incendio de amor divino, con que se abrasaba y dulcemente se derretía y deshacía en el interior del espíritu con increíbles gozos y sentimientos y con gustos sabrosos de delicias sobrehumanas, cojiendo de aquellas espinas frutos sazonados de vida eterna.

No causará molestia al piadoso lector, el que volvamos de nuevo los ojos á la esclarecida imitadora de Santa Catalina de Sena, en lo que se refiere á las coronas, con que una y otra ciñeron sus sienas. Séanos permitido referir lo que sucedió en la muerte de nuestra santa. Estando su cadaver puesto en el féretro, había dispuesto la divina Providencia, respecto de la cual nada sucede al acaso, que faltase corona de flores con que adornar su cabeza, como se acostumbra en los entierros de las doncellas, cuando se acercaba el momento de llevarla al templo para darla sepultura. Parece que de propósito habían huído y retirádose todas las flores, teniéndose por indignas de coronar á la Rosa que estaba ya trasplantada al Paraíso. Entre el tropel confuso de los unos que daban prisa pidiendo una guirnalda para que saliese el féretro de la pieza; y de los otros que se detenían perplejos, sin hallar á mano flores con que tejerla, sin duda por instinto divino se vieron finalmente obligados á acudir á la imagen de Santa Catalina de Sena, que con tanto desvelo y curioso aliño había acostumbrado Rosa á vestir y adornar con flores, cuando vivía. Quitáronle la guirnalda á la santa imagen y trasladáronla á la cabeza de su discípula. Con ella la sacaron de la casa del contador para el sepulcro; para que aquella que había sido en vida imagen de la Madre Seráfica por la diadema de espinas,

con que se coronaron ambas, fuese después de muerta un retrato mucho más exacto de la misma; siendo una misma la guirnalda que ciñera las sienes de ambas. Aprobaron el suceso cuantos habían conocido el misterio; estando muy ciertos de que este singular testimonio de virtud había sido dado á la virgen, no por industria humana, sino por consejo divino.

Como remate de este capítulo se debe hacer constar que mientras en el aparato funeral coronaba de este modo la tierra á nuestra virgen, la corte de los bienaventurados la coronó en la gloria con muy parecidas demostraciones. Con esto se puso de relieve que en ambos estados fué nuestra santa sucesora de Santa Catalina en la dicha de la corona. El caso, que se hizo notorio, luego que felizmente falleció la virgen, sucedió de este modo. Cierta persona de gran santidad y fama, en visión imaginaria descubrió entre millares de espíritus celestiales gran multitud de vírgenes que caminaban en fila hacia el trono de la Trinidad Beatísima. En medio del escuadrón glorioso resplandecía Rosa, llevando en la mano palma refulgente; el rozagante vestido era blanco como la nieve; sólo se echaba de menos el no ir coronada como las otras vírgenes que la asistían y acompañaban. Se hallaba al pie del trono de la Santísima Trinidad la Virgen Madre del Verbo, la que tenía en la mano derecha una vistosa y luciente guirnalda, esperando llegase la procesión para coronar á Rosa. Con las mismas ceremonias coronaron á Santa Catalina en el cielo cuando partió de la tierra; con lo que quiso descubrir el Señor que no había habido diferencia entre maestra y discípula en la corona de espinas ni en la de oro. Felices espinas, que merecieron la corona de la gloria, puesta por mano de la misma Madre de Dios.



## CAPÍTULO X

Lecho estrecho, cabecera dura y vigilijs nocturnas de Rosa.

**F**UÉ tanto el cuidado y empeño que puso Rosa en mortificar su cuerpo, que aún no permitió que las pocas horas que de noche reservaba para el sueño, estuviesen libres y exentas de particular tormento. A este fin dispuso que fuese tal la dureza de la cama donde había de tomar reposo, que más sirviese para espantar el sueño que para llamarle y conciliarle. Pasó tan adelante su industria y empleo de tal modo en esto su ingenio, que pudo trocar el lugar de descanso en potro penoso. De suerte, que no se regalaba el cuerpo trabajado y molido, sino que quitaba el tiempo al sueño para darle á la oración. Muy de antemano rastreó su madre, cuidadosa en extremo de fiscalizar las acciones de Rosa el fin á que tendía la conducta de su hija. Había advertido en efecto que desde los primeros años de su vida nada procuraba ella con tanto afán como atormentar el cuerpo con